

plegarse para facilitar el paso; la sillería de los palcos tenía la misma procedencia, y era uniforme, cómoda y decente. El alumbrado de gas hidrógeno, era bueno y abundante. Aquello ya podía llamarse teatro, y aunque el foro y el vestíbulo no correspondían á las proporciones de la sala, su propietario bien podía estar orgulloso de haber sacado de todo el mejor partido posible, poniendo en ello cuanto poseía y comprometiendo aun su porvenir.

Otra novedad, que casi coincidió con la de la transformación del Teatro Hidalgo, fué la del arribo á México de la escritora española D^a Concepción Jimeno de Flaquer, apellidada la *Defensora de su sexo*, por sus diferentes obras por ella dedicadas á ensarzarle y á hacerle aún más adorable de lo que lo es por sí mismo. Ya desde antes teníamos aquí, según á su tiempo dije, á la Baronesa de Wilson. La Flaquer no traía título nobiliario, pero era joven, guapa, graciosa, muy elegante y fué muy bien acogida, y entiendo que le debió ser muy grata su prolongada permanencia en nuestra Capital, en la que dió á la prensa varias obras y publicó un periódico literario que llamó *El Album de la Mujer*, ilustrado con litografías y grabados.

Y es cuanto de ella puedo decir, pues nunca se me ofreció ocasión de conocerla y tratarla personalmente.

CAPITULO XII

—
1883.

Por más esfuerzos que la Compañía de Arbeu hizo para atraer público con obras de Echeagaray y de Sellés, nada pudo alcanzar, hasta que resolvió acudir á los dramas y comedias de espectáculo, entre ellas la repetidísima *Venus Negra* revivida allí el 22 de Julio, con un supremo deterioro en decoraciones, trajes y trastos. A este propósito, el revistero de *El Monitor* dijo en su crónica dominical: "El Teatro Arbeu ha salido bien con su *Venus Negra*: el domingo en la tarde quedaron agotadas las localidades, y en la noche hubo, si no casa llena, sí abundante concurrencia. Lo que no pudieron hacer los dramas de Sellés y Echeagaray, lo hicieron los chistes del *orangután*; el público está contentísimo y se ríe de buena gana con el *Rey Munza* y su Consejo de Ministros, y al menos no llora mirando los *Conflictos entre dos deberes* ni las *Esculturas de carne*. Muy conocida es ya la *Venus Negra*, y sin embargo el público aplaude de muy buena gana.

Después de la *Venus Negra*, la Compañía dramática se propone dar *El hijo de la nieve*, obra también de grande aparato. Alonso tendrá que renunciar á los galanes y se volverá tenor; Escanero dejará las barbas y se improvisará barítono; Pedrito Servín renegará de los chistes de la comedia para elevarse al rango de tenor cómico; Martínez será partiquino, y los demás, coristas: mientras tanto *papá* Servín contará los pesos en la contaduría, encogiéndose de hombros."

El único empresario de verdadera fortuna, era por entonces el entendido Moreno, que repetía sin descanso sus *Sobrinos del Capitán Grant*, su *Carmen*, su *Siglo que viene*, su *Mascota*, más popular cada vez, y sus *Mosqueteros en el Convento*. El público estaba siempre de muy buen humor, y más de una vez se extralimitó en sus bromas de un modo inconveniente. "El último domingo, decía *El Monitor* de 5 de Agosto, alguno que no tiene ni las más leves nociones de cultura, puso en una de las puertas del patio del Nacional, un pedazo de alfombra empapado en petróleo, y le prendió fuego sin que nadie lo viese. El olor á trapo quemado fué pronunciándose, y siendo notado por la concurrencia, muy alarmada, de pronto se escuchó la voz de ¡fuego! y se produjo la confusión consiguiente en aquella multitud, que se precipitó á las puertas de salida, con el tumulto que era de temer. Por fortuna, el Gran Teatro ofrece, como en ninguno otro, facilidades para dar pronta salida al público, y cuando éste notó que sin inconveniente podía escapar, y se descubrió el origen de aquella pesada é imbécil broma, todo recobró la calma y el teatro volvió á llenarse entre aplausos y dianas." Como según queda dicho, Moreno tenía, á la vez que el Nacional, arrendado también el viejo Coliseo, y en éste una Compañía formada con los dispersos de la Empresa Zapata, con feliz mercantilismo dispuso que ese segundo cuadro con la Lluch, la Aced y Prats, Morales, Alpuente é Iglesias, marchase á Puebla á explotar la *Mascota*, *Carmen*, *Los Mosqueteros*, la *Guerra Santa* y otras, y subarrendó el Principal á compañías volantes y que no pudiesen perjudicarle y sí le ayudasen al pago de alquiler. Así fué como pudo presentarse allí en 16 de Setiembre la primera actriz mexicana, Inocencia Ruiz, con las damas jóvenes Adriana y Elisa Mendiola en el drama *El Jorobado*: para la importancia que el suceso tuvo, creemos haber hecho demasiado con simplemente mencionarlo.

Días después trabajó allí Manuel Estrada, que puso en escena un drama por él traducido, con el título de *La Vendetta*, y un apropósito cómico cuyo mayor atractivo fué la presentación de *La Gigante Mexicana*, mujer de muy respetable humanidad, y del *Enano Pirrimplin* que, con toda seriedad y sin decir palabra, atravesaban la escena en una de las del susodicho *apropósito*, que me parece se intitulaba *La novia por teléfono ó polos opuestos*. El buen público encontró

aquello chistoso y la pieza se repitió anunciándose con letras gordas que aquella sería la definitiva última presentación del enano *Pirrimplin* y de la colosal *Gigante Mexicana*: era entonces el primer actor y director de la Compañía el estimable y estudioso Agustín Campuzano.

Allá por Octubre, los abonados y concurrentes al Teatro Nacional, supieron con sorpresa que Josefina Lluch reemplazaría á la primera tiple Romualda Moriones, que después de haberlos entusiasmado en *Bocaccio*, cantado en español por primera vez en la función de la noche del 16 de Setiembre, había resuelto retirarse no sólo del Nacional, sino definitivamente de las tablas, para unirse en matrimonio al empresario Joaquín Moreno, verificándolo así con mucho boato y solemnidad en la Parroquia del Sagrario el 10 del citado Octubre. "La graciosa *Betina*, el guapísimo *Bocaccio*, la linda *Seguidilla*, decía el cronista, ha dejado el teatro joven y hermosa aún, y cuando aun le quedaban muchos aplausos que conquistar en su brillante carrera."

El público recibió bien á Josefina Lluch en las diversas obras que estaba acostumbrado á aplaudir á la Moriones, y el empresario pudo trasladarse con su buena concurrencia al Principal, para dejar el Gran Teatro á la Compañía de Opera Italiana. Pero antes de hablar de ésta, refirámonos á un triste suceso y gran infortunio para el arte.

El 2 de Setiembre circuló en México una noticia que causó honda y dolorosísima consternación, y á la que nadie en los primeros instantes quería dar asenso. Pronto desgraciadamente se vió confirmada. La gran artista, la insigne Angela Peralta, una de las más legítimas glorias del arte en México, había fallecido á las 11½ de la mañana del día 30 de Agosto de 1883, víctima de la fiebre amarilla que unos buques extranjeros importaron á Mazatlán, donde la Empresa Montiel acababa de anunciar una temporada de Opera Italiana. La horrible epidemia, que desde los primeros días de su aparición atacó á once individuos de la Compañía y arrebató al primer tenor Belloti y al segundo Pánfilo Cabrera, fué del mismo modo impiamente cruel con la insigne artista mexicana, digno objeto de la admiración y el orgullo de sus compatriotas. Numerosas veces hemos honrado estas páginas con su nombre y hecho extensamente elogio. Al morir apenas contaba 38 años, puesto que había nacido en la Capital el domingo 6 de Julio de 1845: á los 15 años de edad cantó por primera vez en el Gran Teatro la Leonor de *Il Trovatore*. Su maestro Lamperti hizo de ella el mayor de los elogios, diciendo sencillamente que nuestra artista era *Angelica di voce e di nome*. En su envidiable carrera artística cantó obras de todos los grandes compositores y entre ellas 166 veces la *Lucia*, 122 *Sonámbula* y 116 *I Puritani*. La última vez que las dulces y argentinas notas de la voz de Angela resonaron en el Gran

Teatro, fué, como lo recordó la Natali, cantando la romanza de Tosti,

vorrei morir nella stagion dell'anno
cuando é tiepida l'aria é il ciel sereno.

Murió como tantas veces la admiración del público la vió morir en *Aida*, suspirando con ternura indecible aquella frase triste y conmovedora:

"O terra addio; addio valle di pianti,
sogno di gaudio che en dolor svani."

Al tenerse en México noticia de su fallecimiento, los alumnos de las escuelas nacionales iniciaron el proyecto de elevar un monumento á la egregia artista. Doce años han transcurrido y aun no se ha dado paso para cumplir este deber; pero contra esa ingratitud *de hecho*, se pronuncia, aun en los mismos que la cometen, el convencimiento de que alguna vez habrá de llenarse. Por hoy, y á despecho de los años, la memoria de la insigne artista permanece viva en el corazón de cuantos la conocieron y admiraron, y aun llevan su imagen y el dulce eco de su celeste voz en lo íntimo del alma que la artista insigne supo, triunfadora, avasallar con su talento.

Puesta mi florecilla humilde sobre su grata memoria, prosigamos refiriéndonos á la Compañía de Opera Italiana, la primera de las traídas á México por el entendido empresario Napoleón Sieni.

La Capital ya tenía deseo de oír buena música y bien cantada, y el abono registró bien pronto en sus listas los apellidos de las familias Vivanco y Lama, Algara, Guzmán, Romero Rubio, García, Escobedo, Buch, García Teruel, Gargollo, Mier y Celis, Tagle, Martucelli, Montes de Oca, Escandón, Cervantes, Fernández del Castillo, Terreros, Campero, Diez Gutiérrez, Fernández, Hidalgo y Terán, Goytia, Escalante, Castañeda y Nájera, Pliego, Escandón, Santacilia, Prida, Suinaga, Tornel, Lalanne, Naranjo, del Valle y algunas más.

La Compañía estuvo así formada: *Primeras damas absolutas*, Virginia Damerini, María Peri; *Soprano ligero absoluto*, Rosa Palacios; *Mezzo sopranos contraltos absolutos*, Andina Orlandi, Trinidad Mestres; *Primer tenor dramático absoluto*, Francesco Giannini; *Primer tenor absoluto*, Alessandro Passetti; *Primer tenor absoluto de medio carácter*, Enrico Grifoni Giannini; *Primeros baritonos absolutos*, Tieste Vilman, Annuncio Melossi; *Primer bajo absoluto*, Enrico Serbolini; *Primer bajo cómico*, Luigi Bergami; *Primer bajo cantante*, Cesari Banchi; *Partes comprimarias*, Elisa Baraldi, Onesti Benedetti, Alessandro Leoyi; *Maestros directores*, Enrico Riboldi, Luigi Logheder; *Maestro de coros*, Achille Cavallini, *profesores del Real Teatro de Milán*, Ernesta

Bernasconi, arpa; Giuseppe Bernasconi, primer violoncello al cembalo; Giuseppe Tiorati, primer flauta; Ernesto Rossi, primer oboe y corno inglés; Giuseppe Alzati, primer corno.

El sábado 17 de Noviembre dió la Compañía la primera función de las diez y ocho del primer abono con *El Trovador*, de Verdi, así repartido: *El Conde de Luna*, Tieste Vilmant; *Leonor*, María Peri; *Azucena*, Trinidad Mestres; *Manrique*, Francesco Giannini; *Ferrando*, César Banchi; *Inés*, Cavallini; *Ruz*, Benedetti. En la lista de precios de entrada eventual no figuraban palcos, plateas ni primeros, por estar todos abonados; á los palcos segundos se les fijó el precio de *doce pesos*, y á las lunetas y balcones *dos pesos cincuenta centavos*. El programa llevaba la nota de que el valor de entrada á cualquiera localidad, habría de pagarse precisamente en pesos fuertes del cuño mexicano.

Su objeto era el de excluir de esos pagos la odiosa moneda de níquel, que á tanta gente infeliz arruinó á la vez que fué el origen de la fortuna de varios modernos capitalistas. ¡Epoca tristísima aquella! La penuria del Erario era absoluta; los empleados y cuantas personas de él dependían, lamentaban de tiempo atrás la irregularidad y aun completa falta de pago de sueldos y pensiones, y, como ya dije, desde fines del año precedente habíase empezado á acuñar moneda de níquel para acudir con ella á remediar tan triste situación. Un autorizado periódico financiero indicaba así las causas de las escaseces de la Tesorería: "La política del Gobierno del Gral. González, ha sido la de una extraordinaria y en algunos casos cuestionable liberalidad. La ansiedad por el rápido desarrollo del país, unida á una prodigalidad nacida de un súbito aumento en las rentas, han hecho que se otorguen á toda clase de empresas nuevas una infinidad de subvenciones, prudentes y necesarias algunas, pero otras en extremo abusivas. Tiempo es ya de impedir que así se siga sangrando al Erario Nacional, evitándose los peligros que nos amenazan, por medio de la economía. Además, es probable que una gran parte de las rentas públicas no haya llegado hasta ahora á su destino legal, que es el Tesoro Público, y por más que el Presidente haya recomendado el estricto cumplimiento de las leyes arancelarias, es de temerse que no haya podido asegurarse la completa honradez en el manejo de ciertos empleados. Deben también minorarse las asignaciones al Ministerio de Fomento y reducir la muy enorme de ocho millones quinientos noventa mil setecientos nueve pesos, noventa y tres centavos, que consume el Ministerio de la Guerra, ahora que la paz está asegurada y hay facilidades para la rápida traslación de tropas por medio de los ferrocarriles."

Este párrafo pertenece, casi á la letra, á un periódico afecto á aquella Administración; los que le eran enemigos, hacíanle mucho más terribles cargos, con tales denuedo y desenfado, que, para obligarlos

á callar, el Congreso dictó una ley, publicada por bando solemne á mediados de Junio, reformando el art. 7º de la Constitución en lo relativo al modo de castigar los delitos de imprenta, para los que ya no existirían jurados especiales. El hecho es que para remediar en parte esa penuria, y con pretexto de sustituir con un metal vistoso y limpio la fea y sucia moneda de cobre, se creó la muy famosa de níquel, lanzándola al mercado con tal abundancia que pronto sobrevino su depreciación, con perjuicio enorme de la clase pobre ó menesterosa, por la subida de precio de los efectos de primera necesidad cuando eran pagados con la referida moneda. Ponderando su depreciación y el desprecio que de ella llegó á hacerse, la prensa toda reprodujo un párrafo de *El Pabellón*, de Guadalajara, en que, bajo el título de *Ni los ladrones apetecen el níquel*, se decía que en un asalto á la Hacienda de la Labor, los bandoleros robaron la cantidad que en el despacho había destinada á la raya de operarios, sin querer llevarse la que en moneda de níquel encontraron en la caja. El hecho es que pronto el comercio y los particulares se negaron á aceptarla, y, cuando por intervención de la autoridad se veían obligados á recibirla, recargaban el precio del efecto, con grave daño del mísero tenedor del desdichado níquel.

Pero mientras llega el instante de referirnos al formidable motín por la tal moneda originado, volvamos á hablar de la Compañía de Opera Italiana, que principiado había sus representaciones en el Nacional la noche del 17 de Noviembre con el *Trovador*, de Verdi. María Peri, esbelta, elegante, agraciada, con voz extensa, agradable y buen método de canto, agradó mucho en el papel de *Leonor*, y en varios pasajes fué llamada á la escena entre nutridos aplausos.

La Mestres en el de *Azucena*, bien y propiamente vestida, lució su hermosa voz y su talento dramático. El tenor Francisco Giannini se afirmó desde luego en el aprecio de nuestro público, expidiendo claros, precisos y al parecer fáciles, cuatro *dos* de pecho que arrebataron á sus oyentes; joven aún, poseía un fuerte timbre de voz, capaz también de producir las notas más suaves y dulces. El barítono Vilmant no estuvo muy feliz en esa representación, pero poco tardó en justificar los elogios que de él había hecho la Empresa. Para la segunda de abono, fué cantada el domingo 18, *Norma*, corriendo la protagonista á cargo de Virginia Damerini, que á su vez gustó mucho por su presencia hermosa y su voz argentina y dulce; la Orlandi en *Adalguisa*, no llamó gran cosa la atención; la voz potente y robusta de Serbolini en *Oroveso*, fué acogida con grandes aplausos. En ambas representaciones, repetidas en la tercera y la cuarta de abono, el público quedó contento de la Compañía.

Para quinta, y el sábado 25, se anunció *Sonámbula*, sirviendo de presentación á la prima donna Rosa Palacios.